

Venerable JOSÉ MARÍA GARCÍA LAHIGUERA

Arzobispo Emérito de Valencia
Fundador de la Congregación de
HH Oblatas de Cristo Sacerdote

SACERDOS ET HOSTIA

*“... estas palabras han sido mi vida en la tierra
y espero que serán mi gloria en el cielo”*

Se ruega comuniquen gracias recibidas a :

HH. Oblatas de Cristo Sacerdote
General Aranz, 22—28027 MADRID
www.oblatasdecristosacerdote.com

Oración

Para la devoción privada

Padre Santo, fuente de toda santidad, que te dignaste otorgar a tu fiel hijo José María la plenitud del sacerdocio, identificándolo así con Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote: humildemente te rogamos ahora nos concedas la gracia que suplicamos, confiados en su eficaz intercesión, a fin de que un día la Iglesia, a la que tanto amó y sirvió con la entrega total de su vida, lo eleve al honor de los altares para gloria de tu nombre. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

(Padrenuestro, Avemaría, Gloria)

De conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, en nada se pretende prevenir el juicio de la Iglesia. Esta oración no tiene finalidad alguna de culto público.

Reseña biográfica

José M^a García Lahiguera nació en Fitero (Navarra - España) el 9 de marzo de 1903 y fue bautizado tres días después. Durante su vida, siempre quiso secundar la acción del Espíritu Santo en él. Muy niño aún, manifestó su deseo de ser sacerdote, y en el Seminario de Madrid dejó huella de su gran virtud. Ordenado sacerdote el 29 de mayo de 1926, pronto fue reclamado para la dirección espiritual de los seminaristas. Lleno de un gran celo por la santidad sacerdotal, en 1938 fundó con la Madre M.^a del Carmen Hidalgo de Caviedes la Congregación de HH. Oblatas de Cristo Sacerdote, de vida contemplativa, que obtuvo la Aprobación Pontificia en 1967. Fue nombrado Obispo Auxiliar de Madrid en 1950; Obispo de Huelva en 1964; y Arzobispo de Valencia en 1969. Promotor de la Fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, en 1973 tuvo la alegría de verla introducida en el Calendario Litúrgico de España. Murió con fama de santidad en Madrid, el 14 de julio de 1989. Su cuerpo reposa en el oratorio de la Casa-Madre de las HH. Oblatas de Cristo Sacerdote. El Papa Benedicto XVI le declaró “Venerable” el día 27 de junio de 2011.

Agradecimientos

Barcelona: Carmen Sagarra - M^a Lourdes Tristany. **Cáceres:** Pilar Gómez Moreno (Plasencia). **Cádiz:** Francisco Arenas. **Huelva:** Rocio Sevilla - José Rodríguez Vargas - Sebastián Viejo (Almonte). **León:** Ana Cascallana Benavides. **Madrid:** Juan Carlos García - Antonio Iniesto Acevedo (Majadahonda) - Araceli Martín - Carlos Pérez Nuñez - D^a. Fidela - África Álvarez - M^a Luisa Muñoz de Santos - José Palacios López (Leganés) - Ángela Espinosa Ricote - M^a Jesús Castaños-Mollor. **Málaga:** Josefa Ruiz Pérez. **Navarra:** Teodoro Muro (Fitero). **Pontevedra:** Manuel López González. **Valencia:** María Lourdes Pitarch - Milagros Soler Guillén - Familia Romeo-Soler - Ana Isabel Crespo Soler (Catarroja). **Vizcaya:** MM. Clarisas (Guernica) - MM. Dominicás (Lekeitio). **EE.UU.** Angélica Saldaña (Michigan)

Gracias comunicadas

Un pariente mío se encontraba en una situación lamentable por un problema de drogas y alcohol, que además de haberle llevado a perder sus bienes, a tener líos con la justicia, a sufrir mucho y hacer sufrir a la familia, le había ocasionado una cirrosis hepática que le tenía en un estado casi terminal. Yo pedía insistentemente la intercesión de D. José María en este caso tan penoso, y en un momento del proceso que parecía sin salida, fui hasta la tumba del Venerable para pedirle ayuda con más fuerza. Pasado un tiempo, la situación de este hombre ha mejorado notablemente en todos los aspectos, por lo que, junto con la familia, doy infinitas gracias a Dios y a D. José María.

M. E.— Madrid



Por una complicación circulatoria en los dedos de una mano, la Hermana Paloma parecía abocada, según decían los médicos, a sufrir la amputación al menos de una falange, pues la gangrena parecía avanzar. El director del Convictorio Sacerdotal, enterado del caso en la tarde del jueves, festividad de Cristo Sacerdote, pidió con mucha fe el milagro de su curación por intercesión del Venerable José María García Lahiguera, poniéndome por testigo y con la intuición de que algo pasaría, ya que el Señor le había movido a pedirlo de aquella manera. El sábado, las enfermeras ya notaron una mejoría al levantar la cura. El lunes, el médico-jefe, que no la veía desde hacía ocho días por encontrarse en un Congreso, al observar el dedo exclamó: “¡Aquí ha pasado algo, esto no está como yo lo dejé! Esto ha sido cosa del de arriba, porque yo no he hecho nada más que seguir con el tratamiento” (que en un principio resultó inefectivo). El dedo ha ido mejorando progresivamente, hasta quedar con un aspecto y color normal. Para nosotras esto ha sido un signo muy palpable de la protección del Padre y de que invocar su intercesión es verdaderamente eficaz.

M. Mercedes— Moncada, Valencia

Hoja Informativa
De la vida y fama de santidad del
Venerable José María García Lahiguera, Arzobispo

II

2017
nº 12

TRIENIO MARTIRIAL (1936-1939)

En julio de 1936, al estallar la guerra civil española, D. José María se encontraba

en Madrid con su familia. Desde el balcón de su casa presenció horrorizado el asalto del Cuartel de la Montaña, y rezó los primeros responsos por el eterno descanso de los caídos. El estado de miedo y angustia que en un principio le atenazó por estos hechos, pronto se trocó

en intrepidez, cuando le avisaron que una buena mujer, a punto de morir, solicitaba los auxilios espirituales. "Me llaman para ejercer mi ministerio, y no me puedo negar, aunque me cueste la vida". De hecho, varias veces estuvo a punto de perderla a lo largo de aquellos años de violenta persecución religiosa. Durante un registro en su casa familiar, los milicianos, que buscaban a su hermano Jesús, vieron un retrato de D. José María vestido de sacerdote. Él les dijo: "Sí, ése soy yo". Esta vez no ocurrió nada, pero ante el peligro que amenazaba, ambos hermanos se refugiaron en la embajada de Finlandia. No obstante, en diciembre de 1936 las turbas asaltaron la Legación, sin respetar la inmunidad diplomática, y al encontrar en una sala ornamentos sacerdotales y objetos de culto, preguntaron quién era el cura. D. José María se adelantó a confesar que era él, aunque también había allí otros sacerdotes refugiados. Fue encarcelado y condenado a muerte "sólo por ser sacerdote". Se salvó gracias a la diligencia de su hermana Asunción y a las instancias de su hermano Antonio, a la sazón secretario del Embajador de la República española en Washington. Una vez puesto en libertad, obtu-

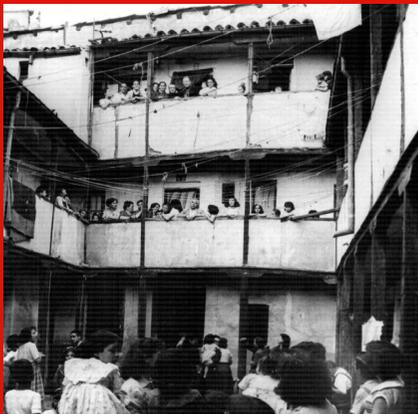


Antonio, José María, Jesús y Asunción García Lahiguera con su madre en 1930.

vo un carnet laboral de corredor de libros, con el que circulaba por Madrid en busca de sacerdotes y seminaristas necesitados de ayuda: algunos se hallaban escondidos, padeciendo toda clase de penurias; otros iban y venían de los frentes de batalla. D. José M^a, junto con un equipo de intrépidos colaboradores, procuraba —por medios muy ingeniosos y frecuentemente privándose él mismo y su familia— lo más básico para cada uno: alimentos, medicinas, alojamiento, documentación, formas y vino para celebrar, estipendios y otros auxilios. Pero sobre todo, mediante un contacto personal y directo, les proporcionaba el aliento espiritual que tanto necesitaban aquellos sacerdotes perseguidos, muchos de los cuales iban a sufrir el martirio.

En diversos lugares de la capital, y siempre clandestinamente, celebraba con asiduidad la santa Misa, organizaba reuniones y retiros espirituales, atendía y confesaba a innumerables fieles, sacerdotes y seminaristas, dedicando un particular cuidado a los que venían desde el frente de guerra: les entregaba, además, la Sagrada Comunión para que ellos la llevaran a sus compañeros que permanecían en primera línea o en los cuarteles. Para los seminaristas más jóvenes que aún no habían sido movilizados llegó a coordinar unas clases de latín y filosofía impartidas por profesores competentes, que les ayudaran a perseverar en la vocación. También estableció un servicio permanente de atención espiritual de urgencia, en especial para enfermos y moribundos.

En mayo de 1938, el Obispo de la diócesis Mons. Leopoldo Eijo Garay, que se encontraba en zona nacional, prácticamente incomunicado con sus fieles de la otra zona, nombró a D. José María Vicario General en el Madrid rojo. Su actuación abnegada y valiente, junto con la de otros heroicos sacerdotes, y su constante solicitud por aquel clero de catacumbas contribuyó eficazmente a mantener alta la moral (clave de la resistencia) de aquella comunidad eclesial tan atribulada, y a que el presbiterio madrileño escribiera una página gloriosa de fidelidad y martirio*.



Visita de D. José M^a a una barriada pobre de Madrid en la posguerra. Las carencias fueron mucho mayores en la ciudad sitiada durante el conflicto, como refleja con humor D. José M^a en la carta a su amigo Domingo Pascual



Cárcel de San Antón, instalada en el antiguo Colegio de los Escolapios, donde estuvo recluido por un tiempo D. José María



Cartas Del Venerable José María García Lahiguera durante la guerra

12 de noviembre de 1937

Excmo. Sr. Obispo de Madrid.

Mi amadísimo Sr. Obispo: Como a Padre me dirijo en esta ocasión, que aprovecho para reiterar mi absoluta y cordial adhesión y obediencia, norma única de mi sacerdocio. Quería llevarle un consuelo en medio de tantas penas y amarguras. Bendigo a la Providencia que dispuso que yo me cogiese en Madrid. Nunca sabré agradecer este beneficio. Son circunstancias únicas en la vida que debemos aprovechar. Se vive siempre pendiente de Dios. ¿Qué cosa mejor para fomentar la fe y la confianza en N. Señor? El trabajo es duro y mucho, las dificultades son grandes y constantes, pero el consuelo es continuo e inmenso.

Ya sabrá lo que por aquí se hace. Su clero está a la altura de las circunstancias. Es un orgullo pertenecer a una clase de héroes anónimos y abnegados. Los seminaristas, atendidos como permiten las circunstancias. Hasta retiros hemos podido hacer. Pero esto es muy largo, hay muchos ya por los frentes y cuarteles. En fin, veo que va a cumplir el multi sunt vocati, pauci vero electi. Pero ¡mejor! Así el Seminario desde el primer día estará también a la altura de lo que la Iglesia y la Patria nos exigen para el futuro.

Que no deje de bendecirnos todos los días. A los que trabajan en esta otra parte de la vida, cariñosos recuerdos de hermano. Y a este su hijo sumiso, una bendición especial y su anillo pastoral para respetuosamente besarlo:



José M^a G. Lahiguera

«Madrid — 8 septiembre 1938

Amigo Domingo:

No te disgustes por lo del aceite. Estamos en guerra y hemos de darnos cuenta de los sacrificios que ésta exige continuamente, sobre todo, como sabes, a los heroicos habitantes de este sin igual Madrid, que es el más castigado, pues pronto cumplirá los dos años de su asedio, lo que no ha sido suficiente ni para hacerle perder su buen humor. Así que nada de lata aunque sea de ese licor, ambrosia de los dioses, néctar del Olimpo, que se llama aceite y que creo que es un líquido que dicen sirve para freír unas cosas raras llamadas patatas y unas bolas blancas que dicen son huevos y que las producen unos animalitos que para mí se crían en el polo o en el ecuador, pues por estas latitudes se ha perdido la raza. Me parece quedan algunas plumas.

Agradezco tu invitación de ir a pasar una temporada contigo. Falta me hace, pues son dos años intensísimos al pie del cañón (y no es frase hecha, pues los obuses los tenemos aquí casi a diario para merendar y para postres de noche. ¡Siempre y en todo Madrid!). Iría, pero otro sacrificio que exige la guerra es no dejar el puesto que la causa le ha señalado a cada uno. Día llegaré en que descansaremos satisfechos, no sólo por haber terminado la guerra, sino por la victoria conseguida y tanto más amada cuanto más nos ha costado. Recuerdos a tu padre y demás. Recíbelos de mi familia agradecida a todas tus atenciones y sabes cuentas con este tu buen amigo

José María